

# AMOR, AMOR

La diosa Afrodita, que no suele ser representada con el rizado peinado afro, es la divinidad que ha engendrado todos los afrodisíacos, esas sustancias químicas que nos inclinan hacia el amor aumentando un poco más la pendiente natural que ya nos empuja por sí misma hacia la saludable práctica del sexo, casi siempre entre dos géneros distintos. Los romanos la llamaron Venus, le hicieron estatuas que nos han llegado mancadas, razón por la que desconocemos si usaba sus anillos y brazaletes, y tanto la veneraron los amantes que muchos de sus adoradores contrajeron enfermedades venéreas. Su origen es de aquellos que ponen a los machos los pelos en punta. El dios Crono (a quien los relojeros suizos le guardan mucho cariño) mutiló los órganos sexuales de su padre y los tiró al mar. No se sabe muy bien si tal salvajada era una forma freudiana de "matar al padre" o solamente castrarlo para que no le diese hermanos con los que compartir herencias, abrigo y pantalones, juguetes ni experimentar aquellos celos infantiles de los príncipes destronados por los segundones. Como es lógico la espuma blanca del mar es el esperma, que en catalán da "espelma" y designa a las velas blancas, esos cirios pascuales que algunos hombres malintencionados y enemigos de las mujeres y del clero suponen usados por las monjas de clausura con fines muy poco confesables para ser proclamados dentro o fuera del claustro. La imagen clásica de Afrodita nos la pinta saliendo desnuda de una concha, una voz que de no ser argentinos o latinistas no se suele identificar con ese cono al que le falta la rayita de la "ñ" de la cuña o de la cuñada que está como un tren o bien es un coñazo de tía. El hecho simbólico de que la concha se use para el bautismo arrojando agua sobre la cabeza del niño daría lugar a escribir muchas páginas a los psicoanalistas, ya sean alemanes o nacidos en el río de la Plata.

Como suele suceder los modelos guapas se casan con los feos millonarios. Claro está que en el caso de Afrodita no es culpa suya sino de Zeus, que la hizo casar con el feúcho y contrahecho Hefesto, que además no tenía un duro ni era un banquero o naviero forrado de pasta. Y como también ocurre en estos matrimonios forzados el marido suele lucir unos

cuernos dignos de un miura y provoca la risa de una obra de Mihura. De hecho los dioses del Olimpo se rieron a carcajada limpia cuando el marido cornudo y ultrajado pilló a los adúlteros y no se le ocurrió otra cosa que echarles una red encima y mostrarlos en público. Por cierto, el amante de Afrodita es el dios de la guerra, Ares, nombre que ha dado "ariete", y nos hace comprender las furiosas embestidas del carnero en las puertas y la aproximación entre el amor de la diosa Venus (o Afrodita) con las escaramuzas bélicas en la secular guerra de los dos sexos. Uno de los hijos nacidos de aquel adulterio es Eros, y no vamos aquí y ahora a distinguir lo que es sano erotismo o inmunda pornografía. Es curioso que otros hijos de la pareja sean Fobo (temor) y Harmonía, sentimientos propios de los altibajos matrimoniales del amor y la guerra. Quien lo probó lo sabe, dirá Lope que sabía de amores un rato largo antes de que un tal cura de nombre Troya ioh, ironía! absolviera a quien tantos incendios había ocasionado. En cualquier caso, Afrodita es una amante un tanto casquivana y si engaña a su marido Hefesto con Ares hace lo mismo con Ares usando de Hermes. El resultado de tal unión es "hermafrodito", un vocablo que todo el que lo desconozca puede enterarse en un diccionario para conocer lo rara que es la naturaleza y lo impropio de calificar nada como algo contrario a ella. La lista de amantes de Afrodita no es menor que la de muchas divas del cine actual. Su amante favorito fue Adonis, cuya muerte en una cacería le ocasionó un inmenso dolor, bastante mayor que el pinchazo de una espina que le hizo derramar gotas de sangre tiñendo de rojo las rosas que hasta entonces solamente eran blancas. La antigüedad nos la pinta como una diosa cruel y vengativa, ejemplo de esas mujeres fatales a las que no debemos nunca molestar ni ganarnos su ojeriza si no queremos acabar de mala manera. Y es que el Amor, si es contrariado, puede resultar terrible. Y ésta es la enseñanza que la agitada vida amorosa de Afrodita nos trasmite como lección a todos los amantes seguidores, aun sin saberlo, de la diosa griega.



Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015